

# XI DÍA DEL PÍNFANO

## CRÓNICA DE ZARAGOZA

Santiago de Ossorno



*Foto: Santiago de Ossorno*

Manda la tradición que se escriba una crónica de cada Día del Pínfano una vez terminados los fastos anuales de la Asociación que es otra tradición; por circunstancias familiares del cronista titular del apartado, la de este año debe ser obra de un autor suplente y, por si acaso no se presentaran voluntarios, me he liado la manta a la cabeza por el gusto de que se cumplan las tradiciones.

Así las cosas, la crónica de 2014 no tengo más remedio que contarla bajo mi punto de vista que es el que tengo más a mano, de repente me ha venido a la mente un libro que leí mientras cursaba 6º de Bachillerato en el Bajo, seguramente nos lo recomendaría don José Hesse con su buen criterio para la lectura; el libro en cuestión se titulaba “Veinticuatro horas en la vida de Iván Ivanovich” del que, lamenta-

blemente, ni siquiera recuerdo el nombre de su autor —que me perdone la memoria de nuestro insigne profesor—, vaya, que me ha venido a la mente el título y poco más pero me ha servido de inspiración.

La crónica podría titularla “Setenta y dos horas en la vida de un secretario de asociación”, título un poco largo si se quiere pero que se tarda menos en leer que en desarrollar, justamente lo que pretendo hacer a continuación aunque titulándola con un sencillo “Crónica de Zaragoza” por seguir con la tradición.

El viaje a Zaragoza lo hicimos en coche, rápido, cómodo y con parada para un café, poco o nada que ver con el viaje que emprendí en su día cuando con apenas 18 años me incorporé a filas, junto con varios cientos de chicos de mi edad, en un destartalado tren de tercera, lento e incómodo que además tenía que parar en todas las estaciones para ceder el paso al resto del parque móvil ferroviario hasta conseguir llegar a Zaragoza que era su destino final; tras el café reparador, cuando quisimos darnos cuenta ya era visible la lejana, esbelta y vagamente familiar silueta de la Basílica y aunque dimos más vueltas de lo preciso, los GPS los debe cargar el diablo, acabamos llegando al hotel sin novedad.

No podía fallar este año tampoco, por la puerta rondaba Pacuco Sánchez Navarro para ir recibiendo a todos los pínfanos viajeros con la socarrona sonrisa que se gasta, recuerdo que el año pasado tomamos un taxi en la estación de Cádiz y durante el trayecto a la Cortadura salió a relucir el motivo de nuestro viaje, inmediatamente y ante nuestra sorpresa el taxista nos explicó el Día del Pínfano con pelos y señales “me lo ha contado esta mañana un cliente recién llegado desde Canarias” y es que nuestro madrugador Pacuco no se pierde una, de hecho ya debe estar pensando en Santander.

En recepción me identifico como secretario y enseguida aparece Cristina, nuestra amable anfitriona que, casualidades del destino, es hija de pínfano y de pínfana, se ve que el tesorero no ha querido descuidar ningún detalle; enseguida me tranquiliza: las acreditaciones llegaron, los libros para dedicar los autores también,

todo listo y en orden; una vez alojados vamos saludando a unos y otros que llegan a la sede del fin de semana en incesante cuentagotas.

Salimos a dar una vuelta para estirar las piernas y tomar algo ligero en la ciudad, en una terraza del paseo de la Constitución nos encontramos a Javier Palos con las malagueñas —espero me permitan la confianza— que son la alegría personificada, estaban tomando un aperitivo antes de enfilarse hacia El fuelle, restaurante típico aragonés, para matar el hambre a cañonazo limpio, nada de *nouvelle cuisine* que de nueva le queda poco o televisivos menús de *masterchefs*, un buen ternasco a la brasa y tente tieso.

Caminamos por el paseo de la Independencia, de nuevo surgen los recuerdos de aquella nebulosa época envueltos en color caqui, mi primera película para mayores de 18 que me dejaron entrar al cine de milagro y por llevar uniforme, el primer cubata —y casi el último porque me sentó como un tiro—, los primeros cigarrillos... no recordaba mucho más salvo que “al final del paseo están el Tubo y el Platas”, el paseo ofrecía aspecto de nuevo y bien cuidado, con esos tranvías tan modernos y funcionales, son otros tiempos, es otra ciudad.

De vuelta al hotel, tras reposar un poco, bajamos a saludar al flujo constante de recién llegados y recorrer con el presidente y nuestra anfitriona el teatro de operaciones, colocar las fotos del concurso, pasar revista al comedor, “cuando entréis sonará el Viejo trapillo que nos ha traído Lucas”, comprobar el sonido, sincronizar los relojes... ¡vaya, la lista del domingo hay que cambiarla de nuevo!, y a la habitación a ponernos guapos que se estaba haciendo tarde.

Antes de la cena se sirve un surtido vino español cortesía de la Asociación, o sea por cuenta de todos para entendernos, se reparten mil abrazos, se saluda a unos y otros intentando reconocer entre los asistentes a aquellos compañeros a los que hace siglos que no vemos y, de paso, buscar nuestros nombres en la lista de mesas y comensales antes de entrar a cenar.

El comedor luce en todo su esplendor, vamos entrando a los acordes del Viejo Trapillo, sonido alto para unos y bajo para otros, en pocos minutos estamos sentados y dispuestos a escuchar la cálida bienvenida de nuestro presidente, presenta al decano que puesto en pie saluda al respetable con maneras toreras, a continuación se procede a la imposición de las insignias de oro a nuestros compañeros Suso Ansedes y Javier Palos por su gran labor durante años en pro de la Asociación, acabado el emotivo acto de reconocimiento da comienzo la cena del Encuentro.

Como veis el título de las “Setenta y dos horas...” puede que incluso llegue a quedarse corto, en adelante haré un ejercicio de síntesis para no perderme por los cerros de Úbeda que están algo alejados de Zaragoza; el menú estuvo bien, el excelente vino de Cariñena fue abriendo los corazones y la alegría terminó por inundar el ambiente.

Tras los cafés, finalizada la parte gastronómica de la noche, se procedió a dar la bienvenida a los nuevos asociados sellando cada entrega con un abrazo, una insignia y el carné, llevando a cabo la propuesta realizada por Jaime Díaz Ruíz en la asamblea de Cádiz y que esperamos repetir en años sucesivos.

Llegó el turno de entregar los premios de los concursos de Relatos, Poesía y Fotografía, este año con poca participación aunque merecidos por sus autores, algunos no estuvieron presentes pero otros pínfanos los recogieron en su nombre, enhorabuena a todos ellos y a los que no se llevaron estatuilla que lo vuelvan a intentar en 2015... ahora que nombro estatuilla ¿sabéis que las esculpe artesanalmente un general retirado, especialmente para los pínfanos?, incluso las cajas las hace él mismo, un auténtico artista.

Al terminar la entrega se dispersan los pinfanitos y acompañantes, unos buscando el reparador descanso, otros estirando la velada para contarse las novedades del año y recordar viejos tiempos aunque sea a costa de robarle horas al sueño, un día es un día pero si el Día del Pínfano con mayor razón.

El sábado por la mañana hay que darse prisa en desayunar, los autobuses salen a las diez en punto y tenemos que estar de vuelta a las dos para la foto de grupo en el zaguán del hotel, antes de salir estudiamos la zona elegida y convenimos que no va a ser fácil, pensamos en alternativas pero no las encontramos, además es el día de mayor afluencia y hay que aprovecharlo.

Llegamos a la zona de la plaza del Pilar y cada grupo se reparte por el amplio escenario urbano, unos irán directos a la Basílica que se muestra imponente bajo la luz del sol y otros a la cercana Seo, todos dispuestos a empaparnos de historia y arte, los dos entornos son una maravilla, muestra de lo que somos capaces de hacer los españoles cuando nos ponemos.



*Foto. José Antonio González Carmona*

A la hora convenida volvemos al hotel y empieza la odisea de meter a 170 personas en una foto de grupo, moviendo de sitio los conos de tráfico por ganar seguridad monto el trípode en la zona de carga y descarga y compruebo que, si somos algo disciplinados, conseguiremos entrar todos, como dificultad añadida hay mucho contraste de luces y sombras pero hay que intentarlo.

Varios fotógrafos nos ponemos a la tarea, pruebas de luz, ajustes de enfoque, “a ver, por favor, juntaos un poco más, entre las dos columnas, así, perfecto, preparados, listos...” a la voz de ya y durante unos minutos aquello se convierte en un guirigay digital de obturadores y flashes, pero al final lo conseguimos, ya tenemos la deseada foto de grupo como manda la tradición.

La comida de Hermandad vuelve a ser momento para el disfrute y la conversación relajada, algunos van de mesa en mesa saludando a los conocidos mientras los camareros zigzaguean entre ellos con maestría, como secretario de pronto se me encienden las alarmas “algo pasa, no quitan el servicio del primer plato”, pero antes de averiguar el motivo de mi alarma se produce el relevo y el segundo plato comienza a servirse, por un momento...

Para mí es hora de preparar la asamblea, sin duda el hueso duro de roer de los Días del Pinfano pero hay que celebrarla, no solo por tradición sino por obligación, subo a la sala a comprobar que esté en orden, lo está, respiro y me preparo para la faena pero la gente no termina de llegar y empezamos con bastante retraso, lo que allí se acordó podrá leerse en el acta así que os ahorro el trago.

El domingo empezaba temprano, la largamente esperada presentación del libro de Padrón y del Castillo de Santa Cruz estrenaba los actos del día; por distintas circunstancias no pudieron asistir los invitados previstos pero todos ellos expresaron privadamente su pena por no estar allí; el presidente dio comienzo al acto desgranando con precisión de cirujano la importancia de lo que acabamos de conseguir tras arduo esfuerzo de varios años y felicitando a los autores.

Uno tras otro, los ponentes, cada uno en su estilo personal, nos fueron introduciendo en la génesis y temática del libro, las sentidas palabras de José Luis Muñoz Arroyo obraron en mí un efecto desestabilizador que no esperaba a estas alturas de curso, de repente se me metió arena en los ojos y viéndome lagrimear otros se dejaron llevar por la misma emoción, un nudo se apropió de mi garganta impidiéndome el habla, ¡a mí que no me callo ni debajo del agua!.



Acabadas las intervenciones, la de Antonio Benítez creo que será recordada durante mucho tiempo, hubo tiempo para poco más, pero qué bien nos vino a todos reírnos a carcajada limpia con las anécdotas colegiales que su memoria inagotable recuerda con total precisión, para terminar de eliminar la arenilla que se negaba a abandonar nuestros ojos.

El merecido reconocimiento final a los autores en forma de mención honorífica e insignia AHE sobre cuña de madera, ya sabéis, la tradición, precedió a la foto de “*os nenos do convento*” presentes en la sala, aunque pasaran mil años más seguiríamos siendo los mismos y con las mismas ganas de juerga, ni la mismísima sor Luisa, vara de mimbre en mano, hubiera conseguido ordenarnos mejor para la foto.



*Foto Lola Gómez*

Nos esperaban los autocares para asistir a la tradicional y siempre emotiva Misa en recuerdo de nuestros padres y pínfanos fallecidos, al acabar el oficio y mientras cantábamos a capella “La muerte no es el final” en el recinto sagrado de nuevo se levantó un remolino de arena.

Desde la iglesia nos dirigimos a visitar la Aljafería, otra maravilla arquitectónica que no conocía, acabada la visita retornamos al hotel, como no podía ser de otra forma despediremos el Día del Pífanos con la comida del Adiós; a los postres la vieja camaradería se adueña del comedor, las pífanos entonan el himno antes de que el presidente de por terminado el XI Día del Pífanos, nos veremos el año que viene en Santander para repetir las mismas emociones.

La hora de las despedidas se alarga como es tradicional, enhorabuenas, abrazos, besos, agradecimientos, encargos de última hora que voy registrando ordenadamente en la memoria en un intento vano de recordarlos porque cuando llegue el momento de recapitular lo sucedido seguramente los habré olvidado.

Por fin en el coche empezamos la vuelta a casa, ha sido un fin de semana intenso, emotivo, largamente preparado, ahora toca empezar a pensar en el del año que viene (8 al 10 de mayo) pero antes tendré que escribir una crónica del encuentro cumbre anual de los pífanos porque es tradición y el cronista titular no puede hacerlo esta vez por circunstancias familiares.

Y en esas me hallo, casi sin darme cuenta y del tirón he terminado de escribirla, he decidido no repasarla demasiado y publicarla tal cual ha ido surgiendo de la cabeza, más que una crónica al uso es un resumen urgente de apenas setenta y dos horas en la vida de un secretario de asociación.

A quién Dios guarde muchos años, si *pué* ser.

Muchas gracias a todos, un fuerte abrazo y hasta el año que viene como manda la tradición.